

COMPRE USTED
el lujoso
ALMANAQUE

de
La Novela
Semanal
Cinematográfica

con el que se regala
un estupendo

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1924

E. VERDAGUER MOREÑA.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

N.º 128

50 cts.



CANCIÓN
DE AMOR

por
Norma Talmadge

NUMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 128

CANCIÓN DE AMOR

Comedia dramática de Frances Marion

Genial interpretación de la bellísima "estrella"
NORMA TALMADGE

Exclusiva de
L. GAUMONT



Paseo de Gracia, 66.
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal - fotografía de
JACK HOLT



Canción de Amor

Argumento de la película de dicho título

La Civilización, como una araña gigantesca, va extendiendo por todas partes su tela de oro. Pero aun quedan pueblos rebeldes a toda disciplina y a toda organización. Uno de ellos es el que forman los árabes, los inquietos hijos de Alá.

En las cercanías del Sahara, en medio de una tribu de feroces *tuareg*, la pequeña colonia de Alhamar hacía ondear al viento la bandera del progreso.

Un puñado de hombres blancos, dispuestos a jugarse la vida cada día, instalaron allí sus hogares, sin conceder demasiada importancia a la actitud belicosa de los indígenas, que odiaban a muerte a los «perros cristianos».

En el lugar había el café árabe de Chandra Lal, donde entre las voces de los jugadores y los movimientos rítmicos de las bayaderas,

se tramaban planes destinados a hacer triunfar la causa de Alá.

Chandra Lal, propietario del café, y el espía Ben Mossul, que prestaba sus servicios como criado en la comisaría del Gobierno francés, hallábanse en conferencia en el salón particular del establecimiento, cuando llegó frente al café, cabalgando a la cabeza de numerosos adeptos suyos, Ramsalá, el fanático cabecilla de los *tuarég*. Sus hombres le temían por su mano de hierro tanto como le respetaban por la aristocracia de su sangre.

Ramsalá preguntó dónde estaba Chandra Lal, y a poco reuníase con él y el espía Ben Mossul.

—¿A qué has venido?—dijo a éste.

—A traer noticias, mi amo. En la casa de los blancos no se sospecha nada de nuestros planes.

—Estáte alerta en todo momento. Vuelve ahora allí y mientras no tengas algo interesante que comunicar, no vengas aquí. Es prudente que no tengan nunca la menor sospecha de ti.

—Acataré tus órdenes, mi amo.

—Ahora que estamos solos, Chandra Lal, dile a Zoraida que la espero.

—Perdona una observación, señor. ¿El

amor de mi sobrina no te hará descuidar el triunfo de nuestra santa causa?

—Hazla venir en el acto y otra vez guarda tus consejos para cuando te los pida.

Chandra Lal se inclinó ante la exigente ré-



... donde Zoraida, ídolo de los consumidores, bailaba ...

plica del jefe, y salió del salón particular hacia el popular donde Zoraida, ídolo de los consumidores, bailaba para recrearles los ojos con sus gracias semidivinas.

Los árabes, despiertos y encendidos los

más íntimos sentidos, seguían con ojos de codicia los movimientos de la hermosa bayadera.

Tres viejos darían sus tesoros por poseer tan valiosa joya humana.

Ramsalá, que viera, antes de entrar en el



Tres viejos darían sus tesoros por poseer tan valiosa joya humana.

saloncito donde se encontraba, con el espía, el dueño del café, Chandra Lal, a Zoraida divirtiéndola a los parroquianos con sus danzas llenas de voluptuosidad, y a algunos de éstos ofrecerle collares de mucho valor, que ella rehusaba, temió no poder reprimir sus

celos y abalanzarse a los osados que pretendían sus caricias comprándoselas.

Fué por esa razón que Ramsalá dijo a Chandra Lal, en un tono absoluto, que llamase a su sobrina.

Zoraida, muy a pesar suyo siguió el consejo de su tío, que también en este caso obraba a la fuerza, y entró en el saloncito donde la esperaba Ramsalá.

— Bendigo la luz que me permite contemplar ese rostro de sin par hermosura, Zoraida.

— Salúdote, bravo guerrero.

— Deseaba hablar contigo.

— Aquí estoy para escucharte.

— ¿Fumemos? El humo nos inspirará.

— Como quieras.

— Siéntate... a mi lado.

— ¿Y pues?...

— ¡Te amo, Zoraida... te amo como no he amado nunca!... Si tú quieres puedes ocupar un trono, pues sé que un día no lejano seré rey del desierto.

Zoraida se hizo atrás para desasirse de Ramsalá, pero éste prosiguió:

— ¿Sabes por qué anhelo el poder, Zoraida?... Para ver si gracias a él me otorgas una mirada de amor...

— No sigas, Ramsalá. Yo...

—¿Sabes por qué ambiciono las riquezas?
...Para ponerlas a tus pies...

—Suelta, Ramsalá. Jamás te autoricé a hacerme el amor. Preferiría ser la esclava de un mendigo, si un mendigo me enamorase.



—¿Fumemos? El humo nos inspirará.

—¡Eh! ¿Me desdeñas y me humillas considerándome inferior a un mendigo? Si no fueras tú quien eres...

Ramsalá se había puesto en pie y levantado

la mano cerrada en una crispación nerviosa como para descargarla en Zoraida.

Chandra Lal, que vigilaba oculto detrás de un cortinaje, se descubrió a su sobrina para aconsejarle, a tiempo de aplacar la cólera del cabecilla, que, aunque fingiéralo, se muestra-



Zoraida se hizo atrás para desasirse de Ramsalá.

ra amable con él.

Zoraida, comprendiendo que su tío tenía motivos para temer a Ramsalá, a causa de su influencia en todos los árabes, reaccionó y simuló que el contestarle en la forma que lo hiciera obedecía a su deseo de ser amada con locura.

—A tí me entregaría, para toda la vida, si llegaras a convencerme de que tu amor es inmenso.

—¡Oh, Zoraida! Yo haré que tú me ames, vencida por mi pasión.

Ramsalá, sentado muy cerca de Zoraida,



—¡Eh! ¿Me desdenas y me humillas considerándome inferior a un mendigo?...

inició el gesto de besarla, mas ella, que le odiaba, esquivó sus labios y ofreció sus manos al sacrificio de unos besos del déspota.

* * *

Cuatro europeos dirigían la colonia francesa de Alhamar.

Estos eran:

El doctor Humbert, médico abnegado.



...mas ella, que le odiaba, esquivó sus labios...

Jorge Desmard, comisario de la colonia.
El capitán Duval, comandante de la posición.

Dick Jones, un yanqui amigo de aventuras, que desempeñaba en la colonia el cargo de secretario del comisario Desmard.

Este cuarteto jugaba, de sobremesa, para distraer sus ocios, cuando, en mitad del juego, el trote alocado de los caballos de un centenar de árabes los alarmó un tanto.

—Es seguro que esos demonios a caballo deben proyectar estropearnos el sueño esta



Este cuarteto jugaba, de sobremesa, para distraer sus ocios...

noche. Lo sentiría, porque la cama es mi mejor amiga—dijo Jones, chanceándose.

—Estos asuntos no son para tomados a risa, Jones. Esos hombres proyectan algo, pero algo serio. Durante su última fiesta llegaron hasta mí rumores muy graves—expuso el comisario, preocupadísimo.

—Por eso hemos llamado al teniente Valverde, del Servicio Secreto, un águila para descubrir complots de los indígenas. Seguramente llegará mañana—añadió el capitán Duval.

Aquella noche, el comisario, muy inquieto, no dormiría con sosiego. Su esposa, Laura, que practicaba, mal de su grado, aquella máxima de que la mujer debe seguir al marido, harta ya de aburrimiento, se quejó a aquél de su suerte:

—¡Esta vida de continuos sobresaltos va a acabar con mis nervios! ¡Tres años aquí, sola siempre!... ¡Si esto dura me moriré... te juro que me moriré!

—No te aflijas, querida mía. Esto cambiará... ha de cambiar.

Al día siguiente.

El ardiente sol del mediodía inundaba de luz el pueblo árabe cuando llegó un mensajero de Europa.

—¡Perro cristiano! ¡Perro cristiano!—gritaban los chiquillos, bordeando el automóvil en que aquél iba, guiado por un árabe de confianza.

Era el recién llegado Carlos Valverde, hijo de españoles, pero nacido en Francia. Por el color de su tez podría confundírsele con cualquiera de aquellos habitantes del desier-

to que paseaban sus chilabas por la población.

Al presentarse ante el comisario y el capitán Duval, que estaba con aquél, ambos le recibieron con verdadera alegría, abrazándolo, pues eran los tres buenos amigos.

En tanto que Jones descubría el automóvil en que llegara Valverde, se acercaba a él hasta tocarlo con sus manos, se quitaba el sombrero y decía:

—Bienvenida, Miss Ford, humilde representante de la tierra de la velocidad... ¡de mi tierra! ¡Yo te saludo!

El criado del teniente, oculto de Jones a un lado del auto, reparando un macizo, se incorporó y contestó al yanqui:

—Te has equivocado, señor. Me has llamado Miss Ford y mi nombre es Yusufú.

Jones creyó que el auto era propiedad de algún indígena, y bromeó con Yusufú:

—¿De modo que también los árabes utilizáis el Ford para vuestras aventurillas?

—¡Nosotros, los hijos de Alá, no empleamos para nuestras aventuras más que los camellos de nuestros antepasados!

—Bien, hombre, bien, no te ruborices... ¿Entonces, de quién es este armatoste?

—De mi amo.

—¿Y quién es tu amo?

—El se lo dirá.

—¿Pero, dónde está él?

—Con el comisario francés.

—¡Ah, ya! ¿Venís, pues, del cuartel de los coloniales?

—En efecto. ¿Y tú quién eres?

—El secretario del comisario.

—Debías haberlo dicho antes, para que te contestara más claramente.

—No me arrepiento de haberte hecho hablar, pues prueba me diste de que eres de fiar. Ahora que nos conocemos, te pido un favor, Yusufú: préstame este «carro» para que me solace dando una vueltecita por ahí, a ver si *atropello* a alguien.

Por su parte, el comisario enteraba al teniente del motivo de su desplazamiento en misión diplomática:

—Valverde, tengo un asunto delicadísimo para usted. Es necesario que busque el medio de introducirse en las reuniones que los *tuareg* celebran frecuentemente en el café de Chandra Lal. Para que no sospechen nada, puede usted fingirse turista. Precisamente, en el camino del desierto, a un kilómetro de aquí, hay una «villa» desalquilada... Instálese en ella con su criado, y nadie sospechará su doble personalidad.

Valverde siguió al pie de la letra las indi-

caciones del comisario, y a poco se transformaba en árabe aparentemente acaudalado.

Una noche, en el café de Chandra Lal, Valverde se dió a conocer al dueño como extranjero en viaje de curiosidad por el desierto.

—¿Deseas, señor, pasar al salón de preferencia, donde bailan las bayaderas?

—Haz como te parezca. Me gusta verlo todo.

—Espera, pues.

Chandra Lal, que era quien hablara con Valverde, se avistó con su sobrina, a quien dijo:

—Acaba de llegar un desconocido que necesita el aroma de tu risa, Zoraida. Voy a traerle aquí, ¿quieres?

—¿Es otro antipático vejestorio?

—No tal, sobrina mía, sino lo contrario: joven y apuesto.

—Será por milagro.

—Juzgarás por ti misma.

—Que venga, pues, y si es rico procuraré que tú bendigas su bolsa...

El tío fué en busca de Valverde mientras Zoraida preparábase para asombrarle con su belleza.

Algo le contaron ya al teniente acerca de la peregrina hermosura de Zoraida, y se le sugirió un plan para conquistarla.

La base del mismo era mostrarse indiferente.

Este es el mejor camino—pensaba—para interesar a una mujer que se crea irresistible.

Y empezó un torneo peligroso, en el que



—Acaba de llegar un desconocido que necesita el aroma de tu risa, Zoraida...

Zoraida esgrimía las armas de su seducción y Valverde las de su frialdad.

*
* *

Como lo previera el teniente, Zoraida se empeñaba en rendirle con sus provocaciones

voluptuosas, pero sin lograr nada en ese sentido.

El amor propio de la mujer asediada de continuo, fué herido por el desdén del hombre más arrogante que vieran jamás sus ojos, y la lucha se hizo dura, pues en ella interve-



Y empezó un torneo peligroso en el que Zoraida esgrinía las armas de su seducción...

nían el enojo y un sentimiento sólo sentido en momentos de melancolía...

Valverde sabía que Zoraida era un primor de doncella, pero no creyó que lo fuese tanto.

El también interpretaba con dificultad su papel, pues Zoraida le gustaba extraordina-

riamente y dolíale que su vida llena de lozanía tuviera que consumirse sin ideal, sirviendo su donosura como cuadro plástico, imán de clientes siempre al acecho de una ocasión.

Zoraida renunció a sus danzas como elemento favorable para conquistar a Valverde, y las trocó por la música y el canto.

Sentóse en el marco de una ventana, pulsó un laúd, y suspiró:

Cual noche del desierto llega el Amor, callado; sus ojos, antes ciegos, volvieron a mirar.

Llega a todas las almas el Amor esperado, y a su paso despierta el anhelo de amar.

Después de este cantar, Zoraida miró a Valverde, anhelante de que éste la sonriera, mas vióle bostezar.

Indignése la enamorada consigo mismo, y en un acceso de despecho destrozó el laúd.

Valverde hizo como si aquello no tuviera que ver con él, y Zoraida, para suavizar sus nervios, aislóse en el saloncito particular.

El teniente seguía el curso del juego a que estaban entregados algunos árabes, y reconocía íntimamente que si su proyecto de interesar a Zoraida era un hecho, sería tratado en aquel café con toda clase de atenciones, y conseguiría enterarse de lo que le convenía.

Y, en realidad, Zoraida, intrigada por la conducta observada por Valverde con ella,

precisamente porque le era muy agradable, llamó a su tío, y le dijo:

— ¡Ese extranjero o es un loco o guarda algún secreto! Tráelo aquí. Quiero hablar con él a solas, para ver si averiguo algo de su vida.



— Si Ramsalá llegase de pronto y te viese sola con otro hombre...

— Creo que eso es una imprudencia, Zoraida. Si Ramsalá llegase de pronto y te viese sola con otro hombre...

— No es oportuno pensar en ese tirano. Tampoco es probable que nos sorprenda. Ve, dile a ese desconocido que le espero. Su tra-

je es rico y por su porte parece un jefe de tribu... ¿Quién sabe si podremos ganarlo para la causa de Alá? Lo sondearé hábilmente.

Chandra Lal, venciendo sus temores de que llegase inopinadamente Ramsalá, transmitió el encargo de Zoraida a Valverde, y éste, admirado, reunióse en el acto con la hermosa enamorada.

El teniente inclinóse ante ella, y aceptó sentarse a su lado en un diván cubierto de mullidos almohadones. Con la mirada parecía preguntarle: «¿Qué quieres de mí?»

— Ya sé que eres ciego. ¿Eres mudo también?—le dijo Zoraida.

Valverde prosiguió su plan.

— Ni ciego ni mudo soy, Zoraida. Me cegó tu belleza y me dejó sin habla la emoción. Perdona mi torpeza delante de todos. Aquí, a solas los dos, puedo decirte lo que arde en mi pecho. Tus ojos son dulces como los de un niño, tu boca es un clavel, y las palabras que salen por ella, aun las más duras, se convierten en flores de un jardín de ensueño...

— ¡Mientes, extranjero! ¡Tu boca no sabe decir más que mentiras!

— Olvida mi cortedad de hace un momento. He sido un necio... No podía creer que mi presencia te era grata...

— Aunque mientas, son, las tuyas, menti-

ras agradables, que me gusta escuchar... Sigue, sigue mintiendo...

—He oído que tu corazón no se ha abierto todavía al amor. ¿Es verdad?

—¡Más mentiras! Alá envió para amarme a un rey de los hombres... Se llama Ramsalá y pronto será el amo del desierto.

—¡Ah!

—Todas las mujeres de mi raza darían su vida por una sonrisa suya... ¡Y yo lo tengo rendido a mis pies!

—¿Pero cómo es posible que ese Ramsalá llegue a ser el amo del desierto, si los cristianos reinan en Argelia?

—Todos los árabes secundarán sus planes para arrojar de nuestro suelo a los intrusos.

—Y dime: ¿tú amas a Ramsalá?

—Ya sabes que Alá concede a todos los humanos el derecho de elección... Mi corazón no es de nadie...

—¿Entonces?...

—¿Quién sabe si te elegirá a ti?

—¡Oh, Zoraida, si tal cosa hicieras!

Valverde acercaba sus labios al suave rostro de la rendida doncella, y la hubiera besado si no apareciera en aquel momento, ciego de ira, el temible cabecilla Ramsalá.

Los había sorprendido durante el idilio, oculto detrás de un cortinaje, y no pudo

aguantarse más desde que tuvo la prueba de que Zoraida se dejaba amar por el desconocido.

La irrupción, en forma grosera, del jefe en el idílico retiro, interrumpió bruscamente el coloquio amoroso de Zoraida y Valverde.

El teniente adivinó que el recién llegado era el mismo Ramsalá, pues además de leer esta verdad en el rostro altivo del cabecilla, los ojos de Zoraida eran sobradamente elocuentes.

Valverde consideró que era muy político el retirarse, dejando solos a Zoraida y al jefe de los *tuareg*, y así lo hizo, muy dignamente, midiendo a éste, sin estúpidos desplantes, antes de salir del saloncito.

Ramsalá, lleno de celos, sólo ardía en deseos de exigir explicaciones a Zoraida por lo que había visto, pero apenas desaparecido Valverde se reportó algo y le presentó excusas por su brusca aparición.

—Dime que lo que he visto no es cierto... que fué tu tío quien te incitó a sonsacar dinero a ese al parecer potentado árabe... y te pediré perdón.

—Déjame, Ramsalá... Me ofenden tus palabras... ¡Yo soy dueña de mis actos!

—¿De modo que amas a ese hombre? ¿No temes mi ira? ¿No sabes que yo puedo arrui-

naros a tu tío y a ti y haceros mis esclavos?

—Tu poder está entre los tuyos, en el desierto... ¡Aquí no mandas tú... y mucho menos en mí! ¡Suelta ya! ¿Es así cómo haces el amor a una mujer?

—Zoraida, la idea de que otro hombre se



— Dime que lo que he visto no es cierto... y te pediré perdón.

anticipe a mí en tu corazón, me enloquece.
¡Yo te quiero mía!

—Lo he de querer antes yo.

—¡Pues ha de ser, aunque sea a la fuerza!

¡¡Y será!!

—¡Te odio, te odio! ¡Déjame, o grito!

—Te daré un beso, cien besos, porque mi enamorado corazón necesita de ti ¿lo oyes? Has de amarme.

—¡No, déjame!

Valverde, que no se había marchado aún



—¿No sabes que yo puedo arruinaros a tu tío y a ti, y haceros mis esclavos?

del café, y que estuvo al tanto de lo que ocurriera entre el cabecilla y Zoraida debido a haberla, éste, sorprendido con él, desasíó a Ramsalá de la doncella en peligro, y los dos

hombres, rivales en amores y en otro terreno también, lucharon fieramente, armados con arma blanca.

La pelea, presenciada por Zoraida con todo su interés puesto en Valverde, llevó a los dos



—Zoraida, la idea de que otro hombre se anticipe a mí en tu corazón, me enloquece! Yo te quiero mía!

hombres al salón inmediato, formándose un compacto corro de espectadores que deseaban el triunfo para Ramsalá.

Más hábil que su contrincante, Valverde

hirió al cabecilla, y por verdadero milagro pudo escapar a la venganza de los *tuareg*, allí reunidos.

Zoraida no se preocupó por el daño que había sufrido Ramsalá, y su pensamiento volaba hacia el amado desconocido.

*
* *

Valverde llegó apresuradamente a casa del comisario, vestido de árabe, pues fué recto a su encuentro al salir del café de Chandra Lal.

Al entrar en la casa, Valverde se vió frente a Laura, la esposa del diplomático, y se asombró sobremanera.

Ella no le imitó al momento, pero sí cuando le reconoció.

—¡Tú, Carlos!... ¡Te había tomado por un árabe! —exclamó Laura radiante de felicidad.

—¡Qué sorpresa! —dijo Valverde.

—Ni en sueños pensé que estuvieras aquí.

En otro tiempo, Laura y el teniente se habían amado. Los años y la ausencia habían dormido aquel amor, que con el encuentro amenazaba resucitar.

—¿Por qué años ha te marchaste de mi lado, Carlos?... Por tu culpa me casé con un hombre a quien no amo y cometí la locura

de venir a enterrarme en este pueblo de sal-
vajes.

—Mi carrera, Laura, me exigió muchos sa-
crificios. En breve ascenderé a capitán.

—Yo he sufrido mucho, y jamás pude olvi-
darte. Pero ahora, en medio de mi desgracia
soy feliz, puesto que estarás siempre cerca de
mí... ¿Verdad que sí, Carlos?

—Laura, el recuerdo de antaño no debe
apartarnos del sendero que la vida nos ha
trazado. Una misión, para el cumplimiento
de la cual visto este disfraz, me ha llamado
aquí... y una vez cumplida debo regresar a
mi puesto. Tú... eres una mujer casada...

—¡Oh, Carlos! ¿Será verdad que no me has
querido nunca?

—No, Laura... Yo te quise...

—¿Nos veremos?

—Calla... La prudencia se impone...

Valverde dió cuenta de sus primeras ges-
tiones al comisario y al capitán Duval, y fra-
guó nuevos planes para proseguir su misión.

Aquella noche, Zoraida recibió un extraño
mensaje.

Decía este:

Zoraida:

*Soy el extranjero que tuvo la dicha de
verte esta tarde y descubrir en ti a la mu-*

*jer más hermosa entre las hermosas. Te
amo y no puedo vivir sin ti. Si tú corres-
pondes a mi amor, accederás a seguir al
hombre que aguardará frente a tu balcón
y que te conducirá a mi lado.*

Zoraida meditó profundamente sobre lo
que debía hacer, y terminó por decidirse a
obedecer la voz de su conciencia.

—Alá, ¿por qué me fascina tanto ese des-
conocido?— dijo.

Luego salió al balcón, miró hacia la calle,
e Yusufú le hizo una señal con las manos.

Zoraida cubrióse el cuerpo y el rostro con
ropas que no la descubrieran, y preparóse
para salir del café.

Mientras tanto, Ramsalá, en la misma casa
de Chandra Lal, predicaba la «guerra santa».

—Mil jinetes *tuareg*, dispuestos a matar o
a morir, nos aguardan en el desierto. Dentro
de tres días, los huesos de esos perros cris-
tianos descansarán en las arenas del Sahara.

Los árabes a quienes arengaba Ramsalá le
daban su voto para el levantamiento contra
los colonizadores, y el cabecilla descontaba
ya la victoria de sus huestes.

Zoraida oyó esta parte de la peroración de
Ramsalá, y mientras él proseguía su discurso
guerrero, ella alcanzó en la calle a Yusufú,
siguiéndole hasta donde dejara el auto.

Zoraida, que no conocía ese medio de locomoción, titubeó antes de subir en el Ford, y al desembragar para el arranque, se llevó un buen susto.

—Sube, Zoraida. Es el vehículo que Alá te envía—le dijera Yusufú.



Mientras tanto, Ramsalá, en la misma casa de Chandra Lal, predicaba la "guerra santa".

Y Zoraida pensaba que Alá había tenido una ocurrencia muy rara. En efecto, más que un automóvil, ese Ford parecía un purgante.

En breves minutos el coche llegó a la «villa» de Valverde, situada en el camino del desierto.

El teniente esperaba ansioso a Zoraida; por dos razones: sentirla cerca de sí, y hacerle cantar lo que supiera acerca de los manejos de Ramsalá y su gente.

Zoraida iba a él sin ningún recelo; con el alma muy limpia y lleno de amor el corazón.

Entretanto, Laura, en su casa, tomaba una determinación para sacudir el tedio en que vivía. Valverde sería su salvador... pues era en sus brazos que decidía refugiarse...

*
* *

El teniente, en farsa y en realidad hacía el amor a Zoraida.

Esta olvidábase oyéndole a él de que algo más existía en el mundo.

Mientras él, galante y cortés, la mimaba, ella exhaló desde el fondo de su pecho dos estrofas de su canción favorita:

*Cual noche del desierto llega el Amor, callado;
sus ojos, antes ciegos, volvieron a mirar...*

Valverde consideró suya a aquella mujer enamorada, y murmurábale:

—¡Qué hermosa, qué divina eres!

Y ella, abandonándose en sus brazos, musitó:

—¡Te amo, extranjero!.. No te conozco, no



Valverde consideró que era muy político el retirarse, y así lo hizo, muy dignamente, midiendo a éste...

sé siquiera tu nombre, pero has abierto mi corazón al amor.

—¡Oh, mi vida! Yo te adoro.

El niño travieso vencía en toda la línea, y por vez primera en su vida, en los labios de Zoraida se posaban los labios de un hombre.



—¡Qué hermosa, qué divina eres!

—Ahora sí que estoy seguro de que no amas a Ramsalá.

—¡Nunca le amé!

—Eso no quita que es un valiente.

—Nació guerrero.

—¿Y sigue con su idea de ser rey del desierto?

—Sí. Dentro de tres días Ramsalá y sus valientes *tuareg* atacarán la posición de Alhmar, y no quedará vivo ni uno solo de esos malditos cristianos.

—¿Es verdad, es verdad lo que dices, Zoraida?... ¡Oh! ¡Entonces todo árabe tiene el deber de dar su vida por la causa de Alá!.. Sigue, sigue contándome los proyectos de tus gentes...

—Ramsalá viene a menudo todos los días al café de mi tío, que le teme, y allí gana de continuo adeptos a su causa.

—Yo creo que los árabes, bien unidos, lograrán salir airoso de su empresa. Lo deseo, Zoraida, para que nuestro amor pueda seguir en la misma placidez de que hoy disfrutamos.

—Ocurra lo que ocurriere, mi pensamiento será siempre tuyo.

De súbito, sin que Yusufú llegara a tiempo de oponerse a su paso, apareció Laura en la casa de Valverde, y le sorprendió abrazado a Zoraida.

El teniente y su enamorada se desasieron mutuamente, aquél disgustado y ésta dolorida por la suposición que hacía de que Valverde le hablara de amores falsamente.

El teniente dejó sola a Zoraida y recibió a solas a Laura.

—¡Parece mentira, Carlos!... Lo he arriesgado todo por llegar hasta aquí, y te encuentro haciendo el amor a una indígena...

—Serénate, Laura... No es este el momento oportuno para que yo te explique la presencia de esa mujer en mi casa. Hablaremos más tarde... en la tuya... pero ahora es preciso que me dejes solo con ella.

—No es necesario explicarme nada... Es fácil sorprender el candor de estas morenas de este maldito país, ¿no es cierto? Sin embargo, no podía esperar tal recibimiento. ¡Eres un ingrato, Carlos!

—Márchate, Laura, hazme este favor. Yo te prometo...

—No te disculpes... si al fin y al cabo me mandas a paseo.

—No comprendes.

—¡Adiós!

—Atiende, Laura.

—Luego, Carlos. Ahora estás perdiendo el tiempo.

Partió Laura de la «villa» para regresar a su casa, y Valverde reunióse con Zoraida, que rechazó sus nuevas caricias para objetarle:

—Hemos censurado duramente a los hombres blancos por engañar a nuestras mujeres,

y ahora tú, un árabe, imitas su conducta. ¿Me equivoqué, pues, al elegirte a ti?

—Esa mujer que en mi casa acabas de ver, sabe que soy rico y ha querido visitarme sin que yo lo supiera. A mí no me interesa su amor, y si vuelve, no se llevará de aquí ningún recuerdo de cariño.

—Pero, el venir ella aquí, ¿no significa que se le ha dado pie para hacerlo? Has debido mentir.

—Tal vez sin darme yo cuenta.

—¿No comprendes que te degradas a tus ojos y a los míos mintiendo amor a una mujer, aunque sea cristiana? Yo no puedo quererte en estas condiciones, ni tener confianza en ti.

—¡Bah! Desecha tus temores, Zoraida.

—¡Prométeme que no la verás más!

—Mi promesa sería ridícula, Zoraida. Yo no soy árabe ni de tu religión...

—¡Eh! ¿Qué dices?

—Es una revelación que te hago para demostrarte que mi amor por ti...

—¡Oh, calla!... ¿Y tus besos?... ¿También eran mentira tus besos?

—No, Zoraida. Yo te amo.

—Es falso. Claro está todo. ¡Eres el primer hombre a quien besaron mis labios! ¡Te dí el corazón para que tú lo destrozases!

—Zoraida, soy sincero...

—¡Eres un enemigo, un espía! ¡Te odio!
¡Me utilizaste para conocer nuestros planes,
y eso te servirá para hacer correr la sangre
de mi pueblo!

—No sabes lo que dices, Zoraida... Tú no
puedes comprender... Cree sólo en mí...

—¿Yo? ¡Aparta! ¡Pagarás cara tu traición!
¡Tú y la mujer que te ama!... ¡Ramsalá lu-
chará por nuestra causa y por mí... por mí!

—¡Zoraida, quédate conmigo!

—¡Jamás!

—¡Ramsalá quiere el poder para esclaviza-
ros a todos!

—¡Mentira!

Sin atender a más razones, Zoraida huyó
de la «villa» del teniente enamorado, hacia
el café de Chandra Lal, para desahogar en
llanto su inmenso dolor.

—¡Ciegal! ¡Loca! —exclamaba mirándose a
un espejo.

Al principio la idea de venganza la domi-
naba, y estuvo a punto de decirle a Ramsalá
toda la verdad para que se precaviese contra
el enemigo; mas luego se alzó grandioso el
sentimiento del amor, y llorando clamó:

—¡Perdóname, Alá! ¡Perdóname por haber
entregado mi corazón a un enemigo!

Valverde, por su parte, imponiéndose a su

pena por el desprecio que le hiciera Zoraida
al saber que era un enemigo, fué a dar parte
del final de sus investigaciones al comisario
y al capitán Duval.

—Después de la noticia de que Ramsalá
prepara un asalto peligrosísimo para dentro
de tres días, ya no tuve necesidad de saber
más. Pero la muchacha que yo conquisté
para llegar a ese resultado, ha descubierto
por una torpeza mía mi verdadera persona-
lidad, y es posible que, despechada, se ven-
gue, notificando al cabecilla que estamos
avisados de sus planes, a fin de que éste se
adelante a nosotros para atacarnos esta mis-
ma noche.

—Soy de su opinión, teniente Valverde—
dijo el capitán Duval.

—Es absolutamente necesario desbaratar
los proyectos de los rebeldes —añadió el co-
misario.

—Me parece que lo más acertado es que se
detenga a Ramsalá sin pérdida de tiempo.
Sin su jefe, los *tuareg* no se atreverán a ata-
carnos —expuso el Capitán.

Y Valverde y el comisario convinieron en
ello... mientras el espía Ben Mossul no per-
día el tiempo...

*
* * *

En el café de Chandra Lal, Ramsalá seguía platicando con algunos de sus subordinados, encareciéndoles que fomentasen en todos los sitios la rebelión.

De pronto, unos hombres se acercaron a él, y le dijeron en voz baja algo referente a Zoraida que le llenó de indignación.

A la par que aquéllos desaparecían, Ramsalá llamó a Chandra Lal, y le dijo:

—Los criados han visto a Zoraida regresar ocultamente a su habitación.

—No lo creas, señor.

—¡Te digo que ha estado fuera de casa! ¡Llámala inmediatamente!

Obedeció Chandra Lal, y no tardó Zoraida en presentarse a Ramsalá.

—¿Qué me quieres?

—¿Dónde estuviste ha poco?

—No salí.

—No niegues, pues te han visto.

—¿Y qué? ¿Debo darte un detalle de lo que yo haga?

—Algún motivo has tenido para ausentarte... y necesito saberlo.

—Ahórrate palabras, que es inútil que yo te conteste.

—Estás jugando conmigo, y esto me va cargando y puede que te pese.

—¿A mí?...

Chandra Lal, que dejara solos a su sobrina y a Ramsalá, volvía a su lado, y avisó, asustado, al cabecilla.

—¡Señor, los soldados vienen a prenderte! Ben-Mossul, recién llegado, decíale también a Ramsalá:

—¡Nos han hecho traición! ¡El extranjero que luchó contigo es un espía cristiano!

Ramsalá miró con ojos de fuego a Zoraida, la sacudió brutalmente por un brazo, y la acusó de haberle vendido:

—¡Me has traicionado! ¡A mí y a la causa de Alá!

Zoraida luchaba por desasirse del jefe, gritándole:

—¡No me toques! ¡No soy tu esclava!

—¡Ah, maldita! ¡Serás mía, aunque no quieras! ¡Dentro de tres días regresaré victorioso y haré crucificar delante de tí a ese espía cristiano.

—Escóndete, señor—aconsejó a través de intensa turbación Chandra Lal—. Los soldados vienen hacia esta parte del café.

—Levanta esa trampa, y ¡ay del que me descubra!

Zoraida, dolorida por la brutalidad que en

su furor empleara Ramsalá con ella, presenció con instinto de revancha cómo el cabecilla descendía al sótano del establecimiento por un pasadizo oculto debajo de unos tapices.

Los soldados se presentaron ante Chandra Lal y su sobrina apenas hubo desaparecido Ramsalá.

Zoraida, para librarse del odioso y odiado jefe, había deslizado al odio de su tío que jamás se les volvería a presentar una ocasión como aquella para castigar su despotismo, entregándolo.

El árabe, fanático y mucho más miedoso aún, le contestara:

—Eso sería una traición, indigna hasta de un perro cristiano.

El capitán, Duval y un piquete de coloniales se acercaron a Chandra Lal, y aquél le invitó a que le dijera dónde estaba Ramsalá.

El viejo dijo que lo ignoraba, e inútiles fueron los esfuerzos que, para provocar su confesión, hizo el oficial.

Entonces éste, ordenando a sus soldados el arresto de Chandra Lal, tomó por su cuenta a Zoraida, a quien dijo:

—Dejaré libre a tu tío si me dices dónde se oculta Ramsalá.

Zoraida se dirigió hasta el lugar en que es-

taba la trampa por la cual descendió Ramsalá al sótano, y Chandra Lal temía la venganza de su sobrina del agravio que le infiriera el jefe.

El viejo esforzábese por dar a entender a Zoraida, por signos y miradas, que no hicie-



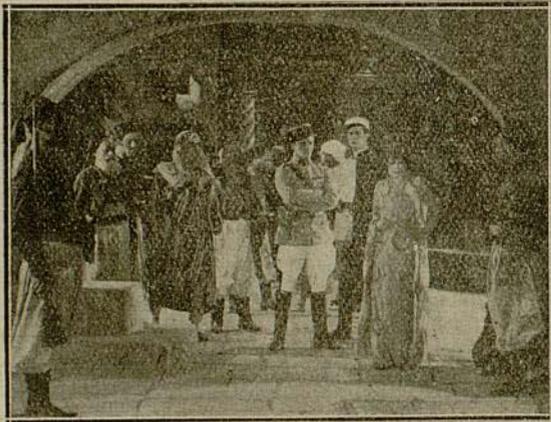
—Dejaré libre a tu tío si me dices dónde se oculta Ramsalá.

ra tal cosa, porque luego los *tuareg* se echarían sobre ellos para hacerles pagar, con la muerte, la traición hecha a su cabecilla.

Pero Zoraida no tenía los mismos escrúpulos que su tío, y habría tal vez entregado Ramsalá a los soldados, de no haber llegado

en este momento el teniente Valverde, a quien ella, con reprimida emoción, reconoció bajo el uniforme de oficial del ejército colonial francés.

—¿Dónde está Ramsalá? Aun no has contestado a mi pregunta — dijo a Zoraida el ca-



... y Zoraida habría tal vez entregado Ramsalá a los soldados, de no haber llegado en este momento el teniente Valverde...

pitán Duval.

La enamorada del teniente contestó, despreciando a Valverde con la mirada:

—Mi respuesta no tendría valor... ¿No ves que de los cristianos he aprendido a mentir?

Valverde, dándose por aludido, murmuró a la doncella:

—Zoraida, reconoce que hay momentos en que un hombre necesita sacrificarlo todo a su deber.

—¿Quién te ha pedido explicaciones... espía?—le objetó ella.

—¡Zoraida!...

—¡Vete, vete de aquí! ¿Creíste que yo era como tú?

Valverde vió en el tono de voz de la hermosa doncella, que de sus labios no había salido la delación que el temiera así que ella huyera de su «villa» después de conocer su personalidad.

Y confuso, a la par que admirado de ella, alejóse del café con el capitán Duval y los soldados, después de infructuosas pesquisas.

Fuera ya de peligro, Ramsalá salió de su escondrijo, y agradeció a todos su silencio, en particular a Zoraida.

—Perdóname que haya dudado de ti, Zoraida... y Alá conceda que me ames algún día.

—Alá concede muchas cosas—respondió ella, procurando distanciarse del jefe, que le era repugnante, mucho más comparándolo con Valverde.

—Volveré antes de tres días. Hasta enton-

ces, encierra a tu sobrina en su habitación. Desde hoy no me fio más que de mí mismo— dijo Ramsalá a Chandra Lal.

Entretanto, en la comisaría francesa, los dos oficiales notificaban al comisario que el cabecilla de los *tuareg* no había sido habido, y que era lo más prudente, ante el temor de cualquier ataque precipitado, enviar a alguien a la posición más cercana pidiendo refuerzos.

Aprobada la idea previsor, Dick Jones fué encargado de tal misión, y el yanqui, tan guasón como valeroso, la cumpliría fielmente.

En el café de Chandra Lal, éste, llevando a engaño a su sobrina, la encerraba en su habitación corriendo todos los cerrojos.

—¿Qué es eso, tío?—protestó Zoraida desde el interior de su cuarto.

—Tengo mucha confianza en ti, Zoraida, pero mucha más tendré si te encierro por unos días.

—¡Abre, abre!

Pero estériles fueron sus gritos y sus golpes en la puerta: Chandra Lal ya no los oía.

En la noche africana los caballos de los *tuareg* poblaban de sombras el desierto.

Algo anormal debía ocurrir.

¿Se preparaba acaso un ataque?

Era lógico que eso fuera, pues Ramsalá,

que no era torpe, temía que los franceses se preparasen rápidamente y que sus planes fracasaran ante la recia oposición de los soldados coloniales.

Una criada del café llevó la cena a Zoraida, y por aquélla supo ésta que Ramsalá había decidido a última hora atacar aquella misma noche la posición francesa.

Zoraida fingió que la noticia le alegraba, y al ir a salir de su habitación la criada, colocóse detrás de ella y tuvo la suerte—gracias a su habilidad—de no quedar encerrada otra vez.

El motivo de su deseo de fuga, era el temor de que algo malo le sucediese a Valverde, de quien era todo su virginal corazón. Quería avisarle para que no le cogieran desprevenido.

Antes de escapar del café—por una ventana abierta a poca altura del suelo—Zoraida vio a su tío rodeado de buen número de árabes, y le oyó decir, causándole gran espanto:

—Al espía cristiano lo desollaremos vivo. Pedirá la muerte, pero tendrá que aguantar el suplicio hasta el final. Así lo ha dicho Ramsalá.

*
**

Embriagados de fanatismo, los hombres de Ramsalá se lanzaron al combate a través del arenoso desierto, levantando densas nubes de polvo, al grito de:

— ¡Muerte a los perros cristianos!

Mientras tanto, en la comisaría francesa se celebraba un baile organizado con el doble fin de no dar que sospechar a los indígenas y de reunir a los europeos en lugar seguro.

El comisario, intranquilo, hablaba con el capitán Duval, no menos preocupado que el primero.

— Yo calculo que Jones estará de regreso con las tropas a medianoche. No creo que antes haya un ataque, pues los *tuareg* no han tenido tiempo de prepararse—decía el comisario, cuyo parecer compartía el capitán Duval.

El teniente Valverde y Laura, la esposa del comisario, celebraban una entrevista, a solas, lejos del bullicio de la fiesta.

— ¡No puedo soportar por más tiempo esta vida! ¡Te amo, Carlos! ¡Huyamos de este país de muerte!—decía Laura, implorante y vehemente, al oficial.

— No seas así. Serénate. Comprende que eso es imposible, Laura. En primer lugar, mi

deber me retiene aquí, y en segundo lugar, tu marido es amigo mío.

— ¡Pretextos! El verdadero motivo es que amas a aquella indígena que encontré el otro día en tu casa.

— Es un error, Laura.

— No finjas conmigo. Estoy convencida de que vive contigo, o a lo menos, de que te visita todos los días.

— ¡Te prohíbo, Laura, que hables así de esa mujer!

— ¿Lo ves? Tu interés por ella te delata. Estoy segura de que ahora está allí esperándote.

— Te digo que estás diciendo tonterías.

— Pues bien; tú no puedes negarte a que yo vaya a comprobar mis sospechas.

— Tú no harás eso... porque además de comprometerte tú misma, me comprometerás a mí. ¡No seas insensata! ¿Lo oyes?

Laura no escuchó más a Valverde, y entró en la casa, desapareciendo a poco de ella sin ser vista por su marido, ni por el teniente.

Algunos minutos despues, un jinete en brioso caballo llegaba volando a la comisaría, desplomándose al suelo un oficial de la más cercana posición francesa.

Avisados, acudieron presurosos el comisa-

rio, el capitán Duval y Valverde, al lado del mensajero, pues lo era.

—¡Los *tuareg* vienen hacia aquí!.. ¡Me dispararon un tiro y me dejaron por muerto! No tardarán en llegar ni media hora—dijo, pensosamente, el héroe.

Un árabe amigo dijo a Valverde a la puerta de la comisaría:

—Tienes suerte en no encontrarte en tu «villa». Esos salvajes llegarán por aquel camino.

Entonces el teniente pensó en Laura, a la que no había vuelto a ver, en sus palabras, temió que en efecto hubiese ido a comprobar si Zoraida estaba esperándole, y un frío sudor cubrió su frente.

—¿Has visto a doña Laura?—preguntó al árabe.

—¿La esposa del comisario? Ha salido no ha mucho en el coche.

Confirmados sus temores, Valverde, por defender el honor y la seguridad de Laura, montó a caballo y puso a éste al trote hacia su «villa».

Zoraida, rindiéndose al amor, se hallaba en ella desde hacía un buen rato.

Laura, al verla, mascó, para sus adentros, palabras de odio contra ella.

Zoraida también se sorprendió, mas no perdió la serenidad. En cambio, Laura sí.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?—le preguntó ésta a aquélla.

—El amor no se mide por el tiempo—respondió Zoraida recogiendo el reto de su rival.

—¿Con qué derecho estás tú, una indígena, en la casa de un europeo?

—Con más derecho que tú, señora, pues no dejo marido en casa.

La hábil respuesta de Zoraida sulfuró a Laura.

—Necesito saber—prosiguió esta última—qué clase de relaciones tienes tú con el teniente.

—Es este un asunto que no debe importarte. Y basta ya de conversación. Tengo que hablar con él y no contigo, y ya he esperado bastante. ¿Dónde está?

—Quiero que me digas a las buenas o a las malas, que ese hombre es tu amante.

—No debo contestarte, porque las ofensas se castigan y tú no mereces que yo lo haga contigo.

—¡Pues yo te obligaré!

Laura iba a arremeter contra Zoraida, que la habría recibido con los puños muy apretados, pero en este momento apareció Valverde.

—¿Por qué has hecho esta locura, Laura?

Los *tuareg* van a atacarnos de un momento a otro.

—Sabía que encontraría a esa mujer y por eso he venido.

—Y voluntariamente te has expuesto a un peligro del que no tienes exacta idea. Es preciso regresar en seguida conmigo. Tu marido no debe saber nada. De lo contrario no respondo de lo que puede ocurrir.

—Sí, vámonos.

Zoraida, para quien el teniente, en su precipitación, no tuvo la más insignificante palabra, pues sólo estaba atento a salvar, no por ella misma sino por su marido, a Laura, permanecía tristemente silenciosa detrás de ellos.

Cuando se disponían a partir, llegó un destacamento de *tuareg* para prender al teniente.

Laura, atemorizada, se hizo a un lado, mientras que Zoraida, cubriendo con su cuerpo el de Valverde, dijo al que mandaba a los rebeldes:

—¡Alto! ¡No quiero que lo toque nadie! ¡Su vida pertenece a Ramsalá y sólo él puede herirle!

—Ya lo sabemos, Zoraida. Pero él nos mandó aquí para que lo detuviéramos y lo pudiéramos en sitio seguro mientras él llega.

Valverde y Laura fueron encerrados en un estrecho cuarto, celosamente vigilados.

El teniente, desconcertado, no sabía si debía condenar a Zoraida o suponer que su presencia en su casa obedecía al deseo de ponerle sobre aviso de los proyectos de Ram-



—¡Alto! ¡No quiero que lo toque nadie! ¡Su vida pertenece a Ramsalá!...

salá.

Los primeros impulsos fueron de duda, y con la mirada recriminó a Zoraida su traición, sufriendo la doncella con sus desdenes.

*
* *

Ramsalá, cuyas tropas atacaban la comisaría, que se defendía heroicamente, tuvo conocimiento de que el espía Valverde estaba prisionero en su «villa», y de que Zoraida estaba con él, y volvió grupa con un puñado de hombres hacia allí.

En aquellos momentos, Dick Jones se acercaba a la posición con las tropas de refuerzo.

Ramsalá, terriblemente celoso, sacudió a Zoraida, al encontrarla en la «villa» de Valverde, y le preguntó amenazador:

—¿Qué haces aquí?

—He venido a avisar al extranjero.

—¡Ah, maldita! ¡Pero no te saliste con la tuya! Ahora verás lo que yo hago con ese perro cristiano.

—¡Espera! En ese cuarto está el hombre cuya vida has jurado tomar. ¿Qué vida prefieres? ¿La suya o la mía?

—¿Qué quieres decir?

—Perdónale la vida y seré tuya... seré tu fiel esclava...

—¡No, no te creo! ¡Ya no tengo confianza en tí!

—¡Te lo juro por Alá! ¡Tuya, tuya siempre, hasta que la muerte me llame!

—¿De veras?

—Alá me castigaría si jurase en falso.

—Pero ¿por qué quieres la vida de ese hombre?

—No me sabrías comprender... Es, en suma, una lección de nobleza que quiero darle para que sepa juzgar a nuestras mujeres.

—Pues bien, tu voluntad es la mía.

Y sin decir más, Ramsalá abrió la puerta del encierro de Valverde y Laura y les hizo salir a su presencia.

El jefe del destacamento que detuvo a los prisioneros, dijo al cabecilla, impaciente:

—¡Date prisa, Ramsalá! ¡El ruido de los tiros aumenta en la posición y quizá corren peligro nuestros hermanos!

—¡Espera! Preparaos para ir allí y yo estoy con vosotros en seguida.

Después de esto, Ramsalá, dirigiéndose a Valverde, le manifestó:

—Tu vida te ha sido perdonada, así como la de la mujer blanca.

El teniente vió, con dolor, a Zoraida abrazada indolentemente a Ramsalá, y comprendiendo que a quien él debía su salvación era a la adorable doncella, adelantóse hacia ella para darle las manos en señal de agradecimiento... y de amor.

—¡No me toques con tus manos de espía, perro cristiano! Pero no olvides que tu vida

te fué regalada como algo sin valor por una pobre indígena.

Ramsalá miró burlonamente a Valverde, que sufría atrozmente al considerar el in-



—¡No, no me toques con tus manos de espía, perro cristiano!...

menso sacrificio que Zoraida se imponía en aras del amor que él, haciéndose pasar por árabe, le inspirara.

Valverde no tuvo más remedio que ponerse

a salvo con Laura, y a poco el honor de esta mujer casada estaba salvado, pues en ello puso aquél todo su empeño de caballero.

Ramsalá había salido de la «villa» del te-



Ramsalá miró burlonamente a Valverde...

niente a dar órdenes a sus hombres para que acudiesen a reforzar el ataque de la posición, que ya defendían las tropas llegadas con Jones a tiempo de evitar una sangrienta derrota, y entretanto Zoraida, perdida ya toda su

esperanza de ser amada por el hombre que le conquistara por entero su corazón, resolvía morir, y se hundió un puñal en el pecho.

— ¡Tú lo has oído, Alá! ¡He jurado ser de Ramsalá hasta la muerte, y muriendo ahora no falto a mi juramento!

A poco regresó Ramsalá al interior de la «villa», sediento de las caricias de la codiciada Zoraida; ms encontróla yacente en el suelo, bañada en sangre.

— ¡Zoraida, Zoraida! — gritó sin obtener respuesta. — ¡Te han asesinado! ¡Por Alá que mi brazo te vengará! ¡Ay del perro cristiano que caiga en mis manos!

Y cegado por el deseo de venganza, Ramsalá montó su endiablado caballo, y lo espoléó hacia la posición.

Pero...

Yusufú lo había estado espionando y, aprovechando que no quedaba ningún *tuareg* en la «villa», disparó su carabina en dirección al jefe rebelde, alcanzándole dos o tres balas, matándole instantáneamente.

*
* *

Después de la batalla.

La posición de Alhamar se había salvado,

y los *tuareg*, en su mayoría fueron reducidos a prisión.

Laura seguiría al lado de su esposo, el cual ignoraría siempre la traición que ella estuvo a punto de hacerle.

Gracias a Yusufú, Zoraida fué recogida a tiempo en la «villa» de Valverde, y atendida por el doctor Humbert.

El capitán Duval y varios oficiales se congratulaban del honroso resultado para sus tropas de la ruda batalla con los rebeldes, pero el teniente Valverde no compartía su alegría.

— Todo salió conforme a nuestros deseos, es cierto, pero la vida de la única mujer que yo amo, que podré amar, corre peligro... — dijo aquél.

El Capitán Duval y los demás militares respetaron el hondo pesar de su compañero, y el doctor Humbert le dió buenas noticias acerca del estado de la herida.

Valverde corrió a la vera de su amada del alma, que reposaba en su propio lecho, y acariciándola, le decía:

— ¡Zoraida! ¡El médico dice que vivirás si tú te lo propones!

La virginal doncella balbució:

— ¿Para qué quiero vivir? En cuanto me

veas curada, me olvidarás por una mujer de tu raza.

— ¡Oh, no, Zoraida! ¡Tú eres la única mujer que yo amo! ¡Vive Zoraida! ¡Vive para mí!

— Si fuera verdad que me querrías...

— ¡Siempre, Zoraida, siempre! ¡Te haré mi esposa!

— ¡Oh, Carlos! ¡Quiero vivir, quiero amarte!

— ¡Sí, Zoraida! Tu herida no ofrece ya ningún peligro. Una felicidad sin límites nos espera...

— Dime... dime otra vez que me amas...

¡Me gusta tanto oírte!

Los ojos de Zoraida lloraban...

Era la alegría que asomábase a ellos.

Y los labios de Valverde, trémulos de emoción, besaban las fresas carmesíes del rostro de la angelical criatura.

Amor revoloteaba sobre sus cabezas.

FIN.

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

Próximo número:

La deliciosa novelita

*La mariposa
que se quemó
las alas*

Interpretación de la película a
cargo de la gran artista

Lya Mara

MUY BUEN ASUNTO

Postal-fotografía-regalo:

Dorothy Phillips

Precio: 25 céntimos

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

En toda España.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Números publicados

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2. El Valle Florido, 3 edic. 3. Amor de madre, 3 edic. 4. La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5. La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre, 3 edic. 7. Una mujer, 3 edic. 8. Pesadillas y supersticiones, (extra), 3 edic. 9. Desinterés, 3 edic. 10. El Hábito, 3 edic. 11. Jimmy Sansom, 3 edic. 12. La primera novia, 3 edic. 13. El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 edic. 14. El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 edic. 15. La Tormenta, 3 edic. 16. Flor de amor, 3 edic. 17. La Pantera Negra, 3 edic. 18. Baio dos banderas, 3 edic. 19. Corazón de lobo, 3 edic. 20. Sueños juveniles, 3 edic. 21. El mundo y la mujer, 3 edic. 22. Corazones humanos, 3 edic. 23. El premio gordo, 3 edic. 24. La desconocida, 3 edic. 25. Robín de los bosques (extra), 3 edic. 26. La Verdad Desnuda, 3 edic. 27. El octavo no mentir, 3 edic. 28. Cleo la francesita, 3 edic. 29. La hija del pasado, 3 edic. 30. La chica del taxi, 3 edic. 31. La hija de los traperos, 3 edic. 32. El príncipe escultor, 3 edic. 33. Llovido del cielo, 3 edic. 34. Mujeres frívolas, 3 edic. 35. Al calor del hogar, 3 edic. 36. Sappho, 3 edic. 37. Directo de París, 3 edic. 38. Lo que vale una mujer, 3 edic. 39. El Valle de los Gigantes, 3 edic. 40. La sombra del padre, 3 edic. 41. Madame Morland (extra), 3 edic. 42. Un juego peligroso, 43. De mal agüero, 44. Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45. El delincuente, 46. La hija del Arrabal, 47. El rancho del oro, 3 edic. 48. El falsario, 49. De los confines del silencioso Norte, 50. Entre hielos, 51. La Rosa de Nueva York (extra), 2 edic. 52. El precio de la belleza, 53. Contra viento y marea, 2 edic. 54. No me olvides, 2 edic. 55. En los jardines de Murcia (María del Carmen), 56. Sacrificio de amor, 57. Eugenia Grandet, 2 edic. 58. La Bohème (extra), 3 edic. 59. ¡Pobre Violeta! 60. Realidades de la vida, 61. ¡Estaba escrito! 62. Las dos huérfanas, 4 edic. 63. El pescador de perlas, 64. La sin ventura (extra), 3 edic. NÚMERO ALMANAQUE. 65. La pequeña parroquia. 66. Frou-Frou. 67. La

Famosa señora de Fair. 68. La apuesta sensacional. 69. El Secreto del Polichinela (extra). 70. La Quinta Avenida. 71. El duodécimo mandamiento. 72. Maruxa. 73. La hija del Nuevo Rico. 74. ¿Por qué cambiar de eso? (extra). 75. Relámpago. 76. La Dolores. 77. Como la arena. 78. La cuna vacía. 79. El encanto de Nueva York. 80. Borrascoso amanecer (extra). 81. Rosario la Corlijera. 82. La película sin título. 83. Una mujer como otra cualquiera. 84. Todos los hermanos fueron valientes. 85. La batalla (extra). 86. Espejos del Alma. 87. Gloria fatal. 88. Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89. Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90. El muchacho de París. 91. Las sentencias del Destino. (extra). 92. Redención. 93. Alma de Dios. 94. La señorita del pelo corto. 95. Las hijas de los hombres ricos. 96. El novelista y su esposa (extra). 97. La puerta cerrada. 98. Una pobre maniquí. 99. A todo trance. 100. ¿Por qué tanta prisa? 101. La Casa de la Selva (extra). 102. La princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERÁ). 103. En busca de la felicidad. 104. El buen camino. 105. Amor de árabe. 106. El puño de rosas. 107. El Milagro (extra). 108. Risas y lágrimas. 109. El Nido de Amor. 110. La venganza de una hermosa. 111. Juez de sí mismo. 112. El caballero sin tacha (extra). 113. I Pagliacci. 114. La isla maldita. 115. Domador por amor. 116. Fruta prohibida. 117. Veredicto de culpabilidad. (extra). 118. Calvario de amor. El Ladrón de Breda. ESPECIAL. 119. El arte de ser distinguida y encantadora. 120. La dama de las Camelias. 121. El Murciélagu. 122. El sargento O'Malley. 123. Respaldada a la mujer. (extra). 124. La muñequita de Francia. 125. El amigo de su mujer. 126. Lo que toda mujer sabe. 127. El capricho de una dama. 128. Cancion de amor. (extra).

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Franck Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Davanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Dun-

can. 31, Pola Negri. 52, Wallace Reid. 35, Elena Mahowska. 54, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran, 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compton. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingson. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, "Snub" Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo) Polo (Especial) 86, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial) 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac-Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Morman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Orborne. 192, Lewis Stone. ANGEL GUIMERA (especial). 193, Mildred Harrys. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Gareth Hughes. 111, Katherine MacDonald. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie. 114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Marl. 117, Mae Marsh. 118, Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (Especial) 119, Fritzi Ridgeway. 120, George Hackathorne. 121, Alma Bennett. 122, House Peters. 123, Barbara Bedford. 124, Forrest Stanley. 125, Vera Vergani. 126, Monte Blue. 127, Billie Burke. 128, Jack Holt.

Precios:

Números corrientes 25 céntimos

» extraordinarios 50 céntimos